

Bañado en amargo llanto,
A los piés de un confesor
El espantoso relato
Depuso de su pasión.
El amor de Beatriz,
Con el rapto que intentó,
Y la muerte de Don Carlos
Hecha en la noche anterior;

Y traspasada su alma
De hondísima contrición,
A las montañas de Córdoba
Desesperado volvió.
Mas no pensó en habitarlas
Como oculto salteador,
Sino como penitente,
Pidiendo al cielo perdón.



UN TESTIGO DE BRONCE.

LEYENDA TRADICIONAL.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo un noble mancebo, acosado por una pesadilla, se despertó una mañana, bendijo á Dios y recibió una carta; cuyas tres cosas dan conveniente principio á la presente leyenda.

Un elaró sol de Junio en el oriente
Comenzaba su curso una mañana,
Serenó y esplendente,
El azul del zenit tornando en grana,
Fecundidad lozana
Ostentaba do quier naturaleza
Con la verdura que cubria el prado,
Y con la amarillez que á la corteza
Daba del fruto aun no sazonado,
Y á la espiga del trigo en él sembrada.
A los rayos del sol espectadores
Empezaban los sueltos jilguerillos,
Los mirlos y los pardos ruiseñores
A elevar escondidos en las ramas
Su armoniosa voz: y entre las flores
Empezaban mil varios insectillos
A estender sus alitas de colores.
Naturaleza, en fin, rica y fecunda
Derramaba do quiera
Los preciosos tesoros de que inunda
La terrestre mansion, la primavera,
Que huía con rápida carrera.
En medio de este inmenso panorama
De belleza, de luz y armonía,
Que el nuevo sol á iluminar salía,
Y que mundo se llama;
Uno de los mil puntos alumbrados
Es el punto no mas que en este día,
Por los hechos en ella relatados,

Necesita marcar la historia mia.
Corte entonces severa
De Felipe segundo,
Digna Valladolid entonces era
Del católico rey dueño del mundo.
La gala y la nobleza,
La virtud y riqueza,
Y la fé de la gente castellana
Encerraba en su seno
Su ancho recinto, que la corte lleno
Tenia con su sólida grandeza.
Solida, sí, porque Castilla ufana
Podia ver entonces su bandera
Por mil apartadísimos lugares
Tremolar altanera,
Respetada en las tierras y en los mares.
Es verdad que se usaban por entonces,
Y aun andaban en boga
Con los autos de fé y el santo oficio
Las hogueras, los tajos y la eoga;
Mas tambien es verdad que astuto el vicio
Burlaba su poder, oculto asilo
En las casas recónditas hallando,
Y adorado y tranquilo
Seguia como siempre prosperando
Y en el mundo reinando.
Pero con la ventaja no pequeña
De que al creyente que en virtud vivia
La torpe desnudez no le ofendia,
Con que hoy el vicio sin pudor enseña.
Mas volvamos al día y á la hora
En que Valladolid del sueño alzaba
La frente, y con la luz de nueva aurora
Al afán de la vida se tornaba.
Y como cualquier hecho que se cuente
Se debe de narrar lógicamente,

Las partes de que consta no embrollando,
Inútiles noticias segregando,
De modo que el oyente
Lo entienda desde luego claramente;
Dejaremos aparte
Toda la poblacion, que no hace al arte
De nuestra narracion: y en la persona
Que toma en ella la primera parte,
Desde momento tal nos fijaremos,
Y la historia de vez comenzaremos.
De una casa con humos de palacio,
En la ancha calle de Santiago sita,
De un rico camarín en el espacio
Y en un lecho blandísimo se agita
En brazos de penoso, horrible sueño,
El noble mozo de la casa dueño.
La ropa descompuesta
Tiene á los brazos enrollada y enuello,
Su agitacion mostrando la funesta
Razon oculta de ello.
El no usado desorden del cabello,
El sudor que le inunda la ancha frente,
Los agitados labios que pronuncian
Frasas sin hilacion, confusamente,
Que su espíritu acosa fieramente
Pesadilla tenaz bien claro anuncian.
Y aunque á pintar de lo íntimo de un sueño
Las quimeras fantásticas renuncian
Poetas y cuentistas comunmente,
Las que en este bullian tengo empeño
En estender sombría y vagamente,
Cual estendiendo se iban en su mente
Las truncadas palabras anudando,
Que el gallardo mancebo que soñaba
Imaginaba, con su afán luchando,
Que su pesada lengua pronunciaba.
Acerquémonos, pues, hasta su lecho,
Y oigamos lo que dice y lo que pasa
Con su imaginacion allá en su pecho.

“¿Qué es esto? de vapores la atmósfera cargada
“Sobre mi frente pesa: la siento en derredor
“En rando torbellino rodar arrebatada,
“Prensándome las sienes con infernal dolor!
“¿Qué es esto? ¿deliro? ¿qué espíritu horrendo
“Suspense en los aires me eleva tras sí?
“Mi estrecha garganta se va comprimiendo,
“No veo, no siento, no aliento... ¡ay de mí!
“Esto es que el fin de mi existencia toco?
“Esto es sin duda que se muere así,
“La última idea en el cerebro loco
“Girando en espiral que espira en sí?
“Esto es ¡ay! que arrojado en el viento
“A su nada el espíritu va,
Y anudado en el ultimo aliento
“Nuestro cuerpo arrebatada quizá.
“Sin duda, eso es: y yo espíro
“Rodando en el aire, á la par
“Lanzando el estremo suspiro
“Lanzado sin fin á rodar.
“Si voy rodando en el viento
“Condenado hasta espirar,
“Tan horrible movimiento

“A seguir y á no parar,
“Y en giro interminable
“Rodando sin piedad,
“Caeré en la interminable
“Sombria eternidad.
“Se irá enraeciéndose
“El aire tal vez,
“Y yo iré cayendo
“Con mas rapidez.
“Cual hoja suelta
“Que lleva el viento
“A cada vuelta
“Voy mas violento:
“Casi no siento
“Como las doy,
“Ciego, desmayo,
“Ya como el rayo
“Rápido voy.
“Ya no siento
“Cómo giro;
“Ya no hay viento
“En mi redor.
“No respiro
“Veo que espíro.
“Ya es mi aliento
“Vago, lento,
“Violento
“Como último
“Estertor.
“Ya ruedo
“Sin tino:
“Ni puedo
“Camino
“Buscar,
“Ni sé
“Si acaso
“Podré
“Mi paso
“Parar.
“Ya vago
“Perdido:
“Su lago
“El olvido
“Me estiendo
“Al pié.
“Y en vano
“Me afano;
“No hay tino,
“Ni hay mano
“Que ayuda
“Me dé.
“Sin duda
“Caeré!
“Lo creo,
“Lo sé,
“Lo veo,
“Mi sino
“¡Tal fué!
“Cierto
“Si;
“Yerto
“Voy;
“Cai.

“Muerto
“Soy!
“Nada
“Hay
“Aquí
“¡Ay!
“Fui.”
Aquí con un esfuerzo repentino,
Hijo de la afanosa agitacion
Con que tal pesadilla le oprimia,
Espantado el mancebo despertó.
De el camarín por el recinto oscuro
Tendió los ojos trémulo, el horror
Del sueño deshechar aun no pudiendo,
Ni apartar la verdad de la ficcion.
Consigo mismo hablando, y con sus manos
Reconociendo el lecho en derredor:
“¡Jesus! ¿qué es esto? ¿dónde estoy, Dios mio?
“¿Qué vértigo letal me trastornó?
Mi fatigado cuerpo aun tembloroso
Bañado siento de mortal sudor.
Impetuoso y rugiente torbellino
Crefi en verdad que me arrastraba en pos
Por el vacío rápido girando
Cual átomo que arrastra el aquilon.
Hirviente mar de cenagosas ondas
Me esperaba al caer; denso vapor
Me quitaba el aliento y los sentidos...
Dí al fin en aquel mar y me sorbió.
La bóveda ondulante de sus aguas
Cerróse sobre mí con lento son,
Y en su bullente inmensidad oscura
La negra eternidad comprendí yo.
Pero soñaba, sí; tocan mis manos
Mi lecho... sueño fué, ¡gracias á Dios!
Era una fatigosa pesadilla
De una noche de Estío, y ya pasó.
¿Qué hora será? por las maderas creo
Que percibo del alba el resplandor.
La luz despejará mi fantasia,
La luz serenará mi corazon.”
Esto pensando, se envolvió en su bata,
Y en silencio al balcon se dirigió,
De donde viendo la ciudad y el campo
A la primera luz del nuevo sol,
Amanecer y comenzar el dia
Embebido y absorto contempló.
Y á fé que es espectáculo halagüeño
La tierra ver con el primer albor
Iluminarse y despertar, creciendo
De nueva vida el movimiento y son.
Y cuán bello es el dia que amanece,
Y que contempla libre del pavor
De su ensueño fatídico el mancebo,
Sonriendo á su plácida impresion:

Vé
Que
Ya
Lento
Violento
Soplo

Blando,
Dando
Va.
Parda
Nube
Tarda
Sube:
Tinta
Roja
Pinta
Y da
Al cielo
Fulgor
Y al suelo
Color.
La niebla
Que puebla
La hueca
Region,
Se trueca
Ahogada
En cumbre
Rosada,
Que dora
La cumbre
Del verde
Peñon.
La brisa
Sonora
Se pierdo
Indecisa,
Y suave
Su son
Al ave
Levanta,
Que canta
Canora
La aurora,
Que estensa
Colora
La inmensa
Creacion.
Amanece:
La luz vaga
Segun crece
Desvanece
Los alientos
De vapor
Que la noche
Que ha pasado
Ha dejado
En derredor.
La tierra entera
Saluda al dia
Con la hechicera
Grande armonia,
Que en diferentes
Puros acentos
A su arrebol,
Alzan contentos
Arboles, fuentes,
Aves y vientos,
Alborozados

Con los dorados
Rayos nacientes
Del nuevo sol.
Ya entero su disco
Se ve en el espacio:
El valle y el risco,
La choza, el palacio,
La corte, el aprisco
Bañó su esplendor.
Y ardiente cruzando
La reja entreabierta,
Y al hombre llegando
Le dice: "despierta,
Bendice al Señor."
Por rejas, miradores,
Postigos y terreros,
Sus mil respiraderos
Franquea la ciudad.
Ya parten los obreros,
Ya van los labradores,
Y bajan los pastores
Al llano y los otros,
Do tienen sus labores
O el pasto mas feráz.
Ya por las abiertas rejas
Do quier se ve á las mujeres,
Sus domésticos quehaceres
Oficiosas emprender;
Y aumenta el ruido, y se escucha
De los hombres el acento,
Y se estiende el movimiento
De la vida por do quier.
Reflejan al sol los tejidos
De fresco rocío mojados;
Inunda las calles la luz:
Caballos y carros que cruzan
Por entre la gran multitud
El polvo al pasar desmenuzan
Doblando el rumor é inquietud.
Ya se vuelve el martillo y la sierra
Y la voz del que vende á escuchar,
Y otra vez desvelada la tierra
El silencio y la calma destierra
Y otro dia comienza á pasar.
Ya en luz el universo resplandece;
La noche entre sus nieblas arrastró
Los sueños con que el alma desvanece,
Y la sangre en las venas enardece,
Y el aliento sofoca, y entumece
Los miembros del que insomne se agitó.
Las vanas quimeras del sueño la mente
Del jóven delante del dia lanzó,
Y libre y sereno su espíritu siente
Que calma tranquila le dió nuevamente,
Y nueva existencia la luz le inspiró.
Entonces rebotando su pecho en alegría,
Inspiracion cristiana llevando su alma en pos,
Las auras aspirando del sol del nuevo dia,
Los ojos elevando al que su luz envia,
Así exclamó de hinojos ante la luz de Dios:
"Señor, yo te conozco: tu omnipotencia creo:
"Lo mismo en las tinieblas centellear te veo
"Que al estender el alba su espléndido arrebol.

"Tu faz ante mis ojos do quiera resplandece:
"Señor, yo te bendigo cuando la noche cree!
"Señor, yo te bendigo cuando amanece el sol."

Y arrebatado así por la influencia
De nuestra santa religion cristiana,
Bendecia al Señor su inteligencia,
Rezando su oracion de la mañana.
Que entonces los gallardos caballeros,
Aunque dados á juegos y amoríos,
Y llevando á la cinta los aceros,
Y empeñados en locos desafíos,
Del siglo en que vivian á costumbre,
Sabian mantener de igual manera
Las modas de la vana muchedumbre,
Y la fé de sus padres verdadera.
Entonces, aunque habia
Protestantes y herejes
Que amenazaban desquiciar un dia
La religion de sus seguros ejes,
Por conviccion ó por iluso vicio,
Cada cual en su fé se mantenía,
No desdeñando de ella el ejercicio;
Los ritos de su fé firme siguiendo,
Por su creencia con valor muriendo.
Así fueron los nobles castellanos
De nuestra edad pasada,
Y aunque en sangre tal vez tintas sus manos,
Por su Dios y su Rey desenvainada
Ciñeron siempre con honor la espada;
Y en el campo á la par como en el templo,
De piedad y valor fueron ejemplo.
Uno de ellos, y tal el jóven era,
Actor primero que á la escena sale
En esta nuestra historia verdadera,
(Que salva su verdad bien poco vale),
Sangre corre de Vargas y de Osorios
Por sus venas, y heroicas acciones
Le dan mas precio aún que sus blasones,
Aunque merecimientos bien notorios
Los hicieron ganar á sus pasados,
De alta virtud y de valor dechados.
Tal era, y á empezar se disponia
De su persona el especial aseo,
Para asistir en hora conveniente
Al decoroso empleo
Que en la Corte asistia,
Cuando en su cuarto entrando de repente
El paje que inmediato le servia,
Puso en sus manos blasonado pliego,
Que segun en su sobre prevenia,
Debia ser obedecido luego.
Abrióle, pues, y visto el contenido,
A su paje mandó que le vistiera,
Y que á salir con él se dispusiera:
Porque su tio Don Miguel de Osorio,
Alcalde por el Rey de Casa y Corte,
A las nueve le cita á su juzgado,
Y caso debe ser muy perentorio,
Y mucho en fuerza que á su honor importe,
Cuando con priesa tanta es de él llamado.
Con que asiendo su acero,
Requiriendo la capa y el sombrero

Para cualquiera trance apercebido,
De su paje seguido,
Salió de su palacio el caballero.

CAPITULO II.

De las amistades que se hicieron en casa del
alcalde Don Miguel de Osorio.

Es Don Miguel de Osorio un juez muy grave,
Con puntas de altanero,
Preciado de que sabe
Interpretar la ley como el primero.
Juez de grande experiencia,
Y en verdad profundísimo letrado;
A la jurisprudencia
Con el alma entregado,
Y de su profesion enamorado.
Juez íntegro y severo,
Respetado do quier, do quier temido
Por todo el pueblo entero,
En quien jurisdiccion le han concedido.
La inquisicion y el rey, en su destreza
Y en su severidad del todo fian
La paz de la ciudad; y no hay cabeza
De enemigo, ladrón, vago ú hereje,
Que un dia ú otro dia entre sus manos
De verse al cabo asegurado deje.
Sutiles comisiones,
Misteriosas prisiones
Y políticas causas concluidas
Con suma discrecion tiene á montones:
Y sabe él solamente mas secretos
Y mas agenas vidas
Confesadas á él, ó sorprendidas
Por él, que los mas anchos y discretos
Confesores tal vez tienen oidas.
Mil veces él en árdidas ocasiones
Se encargó voluntario
De causas muy oscuras y enredadas,
Al fin abandonadas
Por otros sapientísimos varones,
Porque contra razon fueran falladas,
Con sentencias á ley bien ajustadas.
Pues suele haber culpables
Tan diestros, y tan diestros escribanos,
Que habiendo pruebas casi incontestables
Que les ponen los crímenes palpables,
No pueden ser conforme á ley probadas,
Y los reos se van de entre las manos,
Contra razon sus causas despachadas,
Aunque segun los códigos humanos.
Mas Don Miguel de Osorio en todas ellas,
Con prodigioso estudio y perspicacia
Del misterioso crimen fué las huellas
Siguiendo, y dando al fin con su eficacia
Cabo feliz á la verdad oculta,
Justicia y proteccion al inocente,
Y castigo ejemplar al delincuente.
Tal es el juez ante quien es llamado
El gallardo mancebo, su sobrino,

Que hemos visto dejar apresurado
Su casa, enderezando su camino
De su tio al juzgado.
No se hizo esperar mucho el noble mozo,
Y apartando el sombrero y el embozo,
Entrando en el despacho del letrado,
La expresion franca de respeto y gozo
Que á su faz asomó, cambióse en ceño,
Otro mancebo al encontrar sentado
Allí con beneplácito del dueño.
Púsose en pié el hallado,
Por honra del venido,
Pero si fué el saludo recibido
Por Osorio tal vez, no fué acusado.
Y era sin duda comprendido juego,
Porque el que tal desaire recibiera,
Aunque mostró en su faz de la ira el fuego,
Ni un movimiento mas hizo siquiera:
Y claro se veía
Que ninguno de entrambos se extrañaba
De lo que el otro hacia,
Y que un misterio entre los dos habia.
Todo esto advirtió el juez en el momento,
Y atajando la voz de su sobrino
Que iba á brotar del labio,
La puerta aseguró del aposento;
Y volviendo á tomar en su poltrona
Arrellanado asiento,
Y la toga que envuelve su persona
Sobre sí acomodando,
Con sosegada voz, mas no severa,
A decir comenzó de esta manera:
"Presumo, y lo concibo, caballeros,
Que os es extraña semejante cita,
Y que en mi casa el reunido haberos,
Esplicacion para ambos necesita
Despues de lo que entrambos ha pasado,
Y os lo voy á explicar por de contado.
Antiguas y arraigadas disensiones
En nuestras dos familias heredadas,
Han tenido hasta aquí las relaciones
De nuestras dos familias mal paradas.
Nuestros pasados reyes
No se atrevieron á mediar en ellas,
De la nobleza atentos á las leyes,
Que hasta aquí permitieron á los nobles
Arreglar á su antojo sus querellas,
O hacer su agravio y sus enojos dobles.
Nuestros padres nacieron
Enemigos: se odiaron
Por tradicion no mas, y se injuriaron
Tenaces, y sin juicio se batieron
Do quier que se encontraron.
Unos á manos de otros sucumbieron,
Y el profundo rencor con que nacieron
A sus hijos legaron.
De nuestras razas, ya ramas postreras
Nosotros tres, tambien hemos guardado
La sinrazon y enemistad enteras.
Con el maldito objeto
De sostener nuestro rencor secreto,
Nuestros padres tan solo se empeñaban
En adiestrarnos en refir: ponian

Armas en nuestras manos desde niños,
Y al cabo conseguian
Hacer de sus presentes sucesores
Lo que de ellos sus muertos ascendientes,
Unos espadachines imprudentes,
Para quien fuese hallar competidores.
Casi imposible entre los mas valientes.
Tal en mi juventud yo mismo he sido,
Y tal sois hoy vosotros,
Que do hallado os habeis, habeis reñido,
Y si vivis se lo debeis á otros.
Mas cansado ya el rey de que esto dure
Tantas generaciones,
Ordena que se apure
El manantial de tales disensiones.
Su majestad se mete por padrino
Vuestro, señor Don Juan, y su derecho
Sobre vos, recordando porque os tuvo
En la pila al nacer, y que no dudo
Que respeteis, os da por satisfecho:
Y yo por satisfecho á mi sobrino
Dando á la par, su majestad unidos
Quiere que hoy á sus piés seais conducidos.
Quiere que la ciudad juntos os vea,
Y pues nacisteis nobles verdaderos
Y sois en lo demas tan caballeros,
Por vosotros su pueblo nunca crea
Que un odio tan villano capaz sea
Dos nobles de cambiar en bandoleros,
Siempre puestos en trance de pelea.
La magestad del rey así lo escige,
La poblacion entera lo desea,
Y á mí con él su magestad me elige
Mediador y padrino
Competente entre vos y mi sobrino.
Ved, pues, señores, lo que habeis, y el lustre
Recordad del blason de nuestra casa,
Pues si adelante vuestro enojo pasa
Y habeis así que el gusto real se frustre,
El rey ha de tomarlo tan á pecho,
Que os habrá de pesar lo que habeis hecho.
Así habló el juez, y se quedó esperando
De alguno de los dos una respuesta
Que su intencion pusiera manifiesta,
Y ellos unos momentos meditando.
Al fin el jóven don German de Osorio,
Dejando su sillón franco y atento,
Tornando á su enemigo, con notorio
Placer le dijo y amistoso acento:
"Contrarios nuestros padres nos hicieron:
Vivimos hasta aquí como enemigos,
Porque así sus enojos lo quisieron,
Mas ya que media el rey y ellos murieron,
Pongo á mi honor y al cielo por testigos
De que depongo aquí mi encono insano;
Mi valor conoceis y mi hidalguía;
Si á vos no os está mal, por parte mia,
Caballero don Juan, he aquí mi mano.
El mancebo á quien iba dirigida
Tan generoso oferta, un punto breve
Quedar ante él la permitió estendida,
Como quien á admitirla no se atreve,
O duda si ser debe ó no admitida.

Túvola Osorio quieta al mismo punto,
Aunque al ver que en tomarla se dudaba
Cuando él con tal franqueza le alargaba,
Pálido se quedó como un difunto:
Pensando que otra vez al recogerla,
En la espada no mas puede ponerla.
Mas don Juan antes de ello
La suya adelantó, é hidalgamente
Aceptó la amistad de que era prenda.
Y el juez, de entrambos mozos esigiendo
Palabra de cesar en su contienda,
Despidióles á entrambos, prometiendo
Que en muestra del agrado soberano,
Admitidos serian aquel dia
En su presencia y á besar su mano.

Y así fué: y el prudente don Felipe,
Al mediodia, ante la Corte entera,
Mostró su complacencia á los mancebos,
Y un tanto suavizó su faz severa
Al dar un parabien público y franco
A los amigos nuevos.
Juntos salieron de palacio, y juntos
Mostráronse los dos en varios puntos
De la ciudad, el blanco
Do quiera siendo de los ojos todos,
Recibiendo do quier enhorabuena
Por el dichoso fin de tantas penas,
De tan vanos reñores dimanadas,
Tan largos años á rigor llevadas,
Y de gente tan noble tan agenas.
En amistosa union así anduvieron
Ambos durante la jornada entera:
Y juntos á un festin se reunieron
Celebrando la paz de esta manera.
La noche, que estendia
Su manto de tinieblas por el mundo,
Les dividió, espontáneo y profundo
Sentimiento mostrando de alegría
Por la nueva amistad que les unia.
Con lo cual fuese don German de Osorio
A la casa del juez, donde asistia
Las horas de la noche, y una dama
A visitar don Juan á quien servia.
Mas con el juez á don German dejemos,
Caro lector, y tras el otro vamos;
Y cuán inestables son comprenderemos
Las cosas de la tierra que habitamos,
Y el corazón del hombre en quien fiamos.

CAPITULO III.

Alrededor de la Antigua (1)
Y en una calleja Angosta,
De las que á dar al Esgueva
Van, y con puentes le cortan,
En una casa que esquina
Hace á dos callejas corvas,

(1) Nuestra Señora de la Antigua se llama una de las parroquias que tiene Valladolid.

Una hácia la Plaza Vieja
Y hácia las Angustias otra,
Vivia en aquellos tiempos
La hermosa peligrosa
De una morena de veinte,
Dándola una tia sombra.
Nació esta red de las almas
En las quebradas de Ronda,
De una pasion y una sangre
Mistas de cristiana y mora.
Un capitan mal cristiano
Y una esclava de Mahoma,
Cautiva del capitan,
La dieron ser, si no honra.
Y viendo cuál fué con ella
La naturaleza pródiga,
Pusiéronla, y con justicia,
El bello nombre de Aurora.
Aurora fué de las gracias,
Que á porfia unas tras otras
Mostraba, segun crecia,
En su gallarda persona.
Esbelta como una palma,
Ligera como una corza,
Flexible como una espiga
Que el más leve viento dobla:
Con dos ojos que á los astros
Con su resplandor enojan;
Con una voz mas que el aura
Simpática y armoniosa,
Y con una alma mas páfida,
Mas terrible y mas traidora
Que los escollos ocultos
De la mar bajo las ondas;
Era la astuta rondeña,
De cuantos mirarla logran,
Iman de los corazones
Y corsario de las bolsas.
Dejóla su padre, muerto
En un desafío en Loja,
Con unos cuantos doblones
Una haciendilla bien corta.
Usurpóela un su primo,
Y ella á ver si la recobra
Vino á la corte, entre tanto
Viendo si heredar puede otra.
Mas tan diestra como bella,
Y como hechicera hipócrita,
Ganar se ha sabido fama
De discreta y virtuosa.
Y si sale, es solo á misa,
Y embozada y jamas sola;
Si la visitan, son siempre
Damas que crédito gozan;
Si la festejan galanes
Con músicas y con rondas;
Si billetes la dirigen,
O la siguen, ó la abordan
En la calle ó en las gradas
Al salir de la parroquia,
Ella ni el velo levanta,
Ni lee un papel, ni se asoma
A escuchar á la ventana

Las canciones que la entonan;
Su tia es quien los despacha
Despues de veinte y cuatro horas,
Y cuando de quién es él
Con maña oculta se informa.
Mas como han hecho una vida
Tan recogida hasta ahora,
Mas no han llegado á sus puertas
Que mozos de barba intonsa,
Estudiantes, militares
De larguísima tizona
Y retorcido bigote,
Muy amigos de camorras,
Muy dados á francachelas
Y fiestas estrepitosas;
Todos de amor tan hólgados
Como encogidos de bolsa.
Y esta escondida sirena,
Esta bella Circe incógnita,
Tan recatada del mundo,
Es la dama misteriosa
A quien visita Don Juan,
Y á quien Don Juan enamora,
De la encapotada noche
Con el favor de las sombras.
Y lo que ha hecho el tal Don Juan
Para hacerse con la hermosa
Tan buen lugar, y adquirir
Tales derechos, se ignora.
Solo uno de los galanes
Desairados, en la Lonja
Dijo un dia paseando,
Que vió á Don Juan á la hora
De anocheecer, con la tia
Hablar largo rato á solas
A un lado de la plazuela
Do su calle desemboca.
Y que á otro dia la vieja
Compraba galas y joyas
A su sobrina en las tiendas,
Pagando en muy buenas onzas.
El cómo, nadie lo sabe;
Lo cierto es que Don Juan goza
De gran favor con la dama,
Y sus visitas no estorban.

Por eso en la noche misma
Del dia en que sus discordias
Terminaron de una vez
Osorio y él, y en la propia
Ocasión en que en la casa
Del juez y entre gente docta,
Mantenia Don German
Pláticas no muy sabrosas
Para mozos de sus años,
Mas que mantener le importa,
Pues que las mas de las noches
Acude allí aunque le enojan,
Don Juan en el aposento
Mismo de la encantadera
Rondeña, á sus piés sentado,
Escuchaba de su boca
Dulces palabras de amor,

Y respiraba el aroma
Que de la flor de sus labios
Al abrirlos se evapora.
Aunque las que en este punto
Cruzan, á fé que no forman
Tan enamorada plática:
Pues la de su amor acorta
La relacion de sus odios,
Que en amistades se tornan.
Mas sus palabras oigamos,
Pues lo permite la historia.

AURORA.

¿Y ese Osorio que dices,
Es sobrino del juez del mismo nombre?

DON JUAN.

Sí mas; con ese ceño,
Aurora ¿de esa paz qué mal predices?

AURORA.

No lo sé, mi Don Juan; pero de ese hombre
Me temo que te meta en mas empeño,
Con la paz asentada,
Que con la saña y division pasada.

DON JUAN.

¿Mas cuál es la razon de tus temores?
Dila si alguna tienes, que me holgara
Conocer la intencion de esos traidores,
Y ¡vive Dios...!

AURORA.

Don Juan, no así te azores.

DON JUAN.

¡Oh! donde al uno de los dos hallara!

AURORA.

Escúchame primero.

DON JUAN.

¡Le matara!

AURORA.

Yo nada sé, Don Juan, de positivo,
Mas la ocasion de mis sospechas oye,
Y acaso en ellas mi razon apoye
Sólido fundamento;
Pues yo te amo, Don Juan, y por tí vivo,
Y favores sin cuento,
De tí en mi duelo y orfandad recibo.
Te diré en lo que estriba
El temor que sobrado
Acaso manifiesta mi cuidado,
Porque el tuyo tambien despierto viva.

DON JUAN.

Acaba, en fin, por Dios.

AURORA.

Ese mancebo

Osorio, con quien paces
Tan repentinas haces,
Me vió en misa una vez, siguió mis huellas,
Y al umbral de esta casa
Vino á parar guiándose por ellas.
Paseó la calle al pié de los balcones
Alguna noche, y en las altas horas

Me hizo entonar canciones,
Y músicas de amor, acusadoras.
Yo le iba á despedir por importuno.
Cuando una noche en medio de su fiesta,
De su rondalla interrumpió la orquesta,
Como cortada por azar alguno.
Curiosa de entender lo que pasaba,
Por el postigo me asomé entreabierto,
Y ví que entre los músicos estaba
Con sus rondas el juez, y á su sobrino
Del brazo se llevaba
Y al oído le hablaba:
Y desde aquella noche nunca vino.
Uno de sus ronderos,
Viejo criado de mi anciana tia,
Nos dijo lo que el juez dicho le habia.

DON JUAN.

Acaba, Aurora ¿qué le dijo? acaba.

AURORA.

Que la dama que así galanteaba,
Era la dama á quien Don Juan servia.
Mi pleito desde entonces no prospera,
Porque de Osorio el juez pasó á las manos,
Donde anudando vuestra historia entera,
Arguyo yo, Don Juan, de esta manera:
Conocieron la dama
Que su enemigo ama,
Y encima de su rastro se pusieron:
Los intereses de ella entorpecieron,
Y al mismo tiempo que sus huellas siguen
Y acechan, si no es ya que les persiguen,
Por mediacion del rey la paz pidieron.
En mal, pues, de Don Juan ó de su dama,
Algun misterio entre los dos se trama.
Ellos son dos en su familia, solo
Quedas tú de la tuya, el tío tiene
Gran favor con el rey, y del rey viene
La mediacion... me temo que es un dolo
Que Don Miguel de Osorio te previene.

DON JUAN.

Ese fuera el azar hasta hoy mas grave,
Pues ellos la amistad solicitaron.

AURORA.

Mas si el caso pintaron
De otro modo, ¿quién sabe?
Esto no es mas que suponerlo todo,
Don Juan; mas de esta paz, os lo confieso,
Me estraña mucho la ocasion y el modo:

Y de este fué calculando,
Y trayendo á la memoria
Mil apariencias contrarias
La andaluza previsora:
Y de este modo Don Juan
En su ánima receleso
Empezó á sentir que entraba
Lenta la sospecha y sorda.
Vió que de casa del tío
Hasta la de la que adora,
Solo median pocas calles,
Y esas ademas muy cortas.

Vió que el pleito de la chica
Ventajosa faz no toma
En el despacho de Osorio,
Y poco á poco fué torva
La faz mostrando Don Juan:
La voz espiró en su boca
Poco á poco, y vióse en fin,
Que mil quimeras que abortan
De su dudoso cerebro
En su corazon se agolpan.

De los sucesos pasados
Despertando las memorias.
Y en semejantes ideas
Su alma embebida y absorta,
A media noche Don Juan
Dejó á la Circe de Ronda,
A pasos lentos cruzando
Por las callejuelas lóbregas
Que rodean de la Antigua
La solitaria parroquia.

